

Bástanos contemplar el mundo actual y cada día nos ofrece, por desgracia, más palmaria comprobación de lo anteriormente dicho. Europa ha perdido el cetro de la hegemonía mundial, porque despreció los fundamentos sobre los cuales la sustentaba. La idealidad europea levantábase sobre todos los horizontes; su espiritualidad, más que sublime, la coronaba reina de todas las naciones. Pero Europa hace ya cuatro siglos que se esfuerza, loca, en hacer saber al mundo que *todo lo que no es natural es antinatural*, y así, habiendo fundado el reino del naturalismo, sufre las terribles consecuencias que para ella se han seguido de ese fatal reinado. Debían imponerse las fuerzas naturales y se impusieron.

Si leemos una Geografía cualquiera, no digo americana, europea, española, fácilmente veremos que los Estados Unidos Americanos, como decíamos en nuestro artículo anterior, *son más* en todos los órdenes del naturalismo que triunfa. Toda Europa tiene de extensión diez millones de kilómetros cuadrados, Yanquilandia más de nueve. Con más de cien millones de habitantes cuentan los Estados Unidos, supera, por lo tanto, en población a las naciones más pobladas, salvo Rusia, que no hay para que incluirla en el número de las naciones que se habían de imponer, por su falta de cultura, aun la puramente natural, en la que América se haya a la altura de la nación más ilustrada de Europa. En la producción de minerales y de carbones, de algodón y de cereales, de tabaco y de metales preciosos aventaja mucho a cualquiera otra nación. Son sus hijos robustos y fuertes, ricos y aventureros, cuentan sus riquezas por billones, y allí se siente el hervor de la vida, el fuego de las pasiones, los violentos aleteos del entusiasmo. Ellos se sienten grandes, se juzgan hombres superiores a los demás hombres y por eso anhelan que todos sean como ellos, y así puede decirse que llevan en su sangre el panamericanismo mundial.

Ya hace no pocos años que Alemania proponía la liga comercial de las naciones europeas, éstas no oyeron el acertado llamamiento, antes al contrario, el fuego de la avari-